

# Capítulo 41 - Luces Pálidas

- Capítulo 41 - Luces Pálidas

# Capítulo 41 - Luces Pálidas

Con el repentino fin de la sesión de tortura improvisada de Wen, fueron liberados para estirar las piernas y comer algo antes de dirigirse a sus clases vespertinas del pacto.

Mientras los otros instructores venían a recoger a sus estudiantes y guiarlos hacia la sala que habían reservado para la lección, Tristan no tuvo tanta suerte. Canceló la preocupación de Song con un gesto, asegurándole que todo estaba bajo control, y luego pasó quince minutos buscando en su cabaña la nota que Hage debería haber dejado. Insultos y heridas, no fue él quien la encontró, sino Fortuna.

—“Debajo de la almohada”, se rio felizmente. “No puedo creer que te hayas olvidado de eso.”

Se apretó los dientes.

—“Era demasiado fácil, estaba seguro de que—”

—“Estabas seguro de que tenías razón, pero estabas /equivocado/”, se burló la Dama de las Probabilidades en un tono de canto.

Por más que Fortuna fuera irritante, él tenía preocupaciones mayores. La escritura era de Hage, lo que confirmaba su sospecha respecto a la identidad de su instructor —hasta cierto punto— y explicaba el sadismo posterior. Hage había decidido que su clase sería a medianoche en el castillo de proa del galeón. Asistir a esa clase habría sido más sencillo si el diablillo hubiera conseguido permiso del Comodoro Trivedi para que sus estudiantes cruzaran el barco, pero él claramente no lo había hecho. Tampoco se involucraría si sus estudiantes fueran atrapados y castigados.

Esto forzó a buscar algunos acuerdos diplomáticos, y así fue como Tristan se encontró de pie en el pasillo desierto, con la punta de una espada apoyada contra su garganta.

—“Un mes de retraso”, dijo Cressida Barboza, empujando ligeramente la punta.

Sonriendo, Tristan mantuvo su pistola apuntando firmemente a su cabeza. Aún no había sido cargada, aunque ella no podría notarlo desde ese ángulo.

—“Vamos, una tregua hasta que regresamos a Tolomontera, ¿no te parece? Negocio de Scholomance durante Scholomance, ¿sí?”

—“Ira se quedó con mi asiento”, susurró Cressida. “Me cerraron las puertas para todo el año.”

—“Lo supe”, respondió él. “Una lástima que hayas decidido alinearte con ella.”

El mirada que ella le lanzó era temible, pero ¿qué más daba? Por muy enojada que estuviera, Cressida no podía negar que ella misma había abandonado su acuerdo. Él ya ni siquiera estaba involucrado en ese asunto cuando Ira reaccionó primero. Además, ambos sabían que todo era una postura. Si le abría la garganta con una daga, sería ejecutada antes de que el Gallardo llegara a Asphodel, lo que significaba que solo pretendía intimidarlo con amenazas y furia para manipularlo.

—“Me debes una”, dijo ella.

Y ahora, eso no podía ser. Él cargó la pistola intencionadamente.

—“Yo no”, respondió la rata con frialdad. “Considera que tienes suerte de que no tenga intención de seguir con este asunto respecto a tu actitud armada hacia mí.”

Vio el destello de satisfacción en sus ojos y supo en ese instante que ya había sido engañado. Ella suspiró teatralmente y deslizó su espada de regreso en la funda.

—“Entonces, daremos por saldado esto”, dijo Cressida, como si hubiera hecho una gran concesión, en lugar de que él hubiera caído en su trampa. “¿Tienes ideas de cómo llegar a la cubierta?”

Maldición, pensó amargamente. Había regalado una buena ventaja por nada, porque ella le había metido debajo de la piel. Podría retractarse, negarse a hacerlo, pero ¿valdría la pena? No, decidió tras un breve instante. No cuando en esas miradas desde los muelles había una verdadera ira. Era mejor asumir esa pérdida y considerarla una inversión para apaciguarla.

— Está bien —dijo con un gruñido, intensificando su rabia.

Cuanto más aparentaba indignación, más ella creía que había logrado salir victoriosa y más se calmaba. Si él iba a pagar, sacaría todo el provecho posible. El ladrón bajó la pistola.

—¿Qué tanta cuerda trajiste? —preguntó Tristan.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Te sorprenderías —dijo Cressida Barboza.

--

Maryam no estaba segura de si podrían usar Señales a bordo del barco, así que fue una grata sorpresa descubrir que tenían permiso para hacerlo.

El verdadero problema, explicó la teniente Mitra, había sido conseguir un lugar donde pudieran practicar. El uso repetido de Gloam en un espacio pequeño tendía a contaminar el sitio, por lo que no podían practicar cerca de comida ni donde las personas durmieran. Probablemente por eso terminaron en una habitación estrecha llena de medias cargadas de cañones apilados en cajas. Cuando abrieron la puerta para revelarles esto, el señalizador del Undécimo, Qianfan, preguntó con esa voz sorprendentemente aguda por qué no usaban simplemente la misma sala de práctica que el Navegante del bergantín.

—Ella no tiene —respondió la teniente Mitra—. Nuestra compañera de gremio es más oficial que practicante en estos días. No es tan raro en estos tipos ambiciosos: ella mantiene pulido su Thalassics y deja todo lo demás en manos de ayudantes.

Él hizo una pausa.

—Sepan que el Gremio de Akelarre no es inmune a la degeneración que lleva al fin de todas las cosas, sean construidas o nacidas, y recuerden que la decadencia hacia la muerte es el único viaje —agregó la teniente Mitra.

Luego, el hombre delgado aplaudió con una sonrisa.

—¡Muy bien! Entonces, ¿quién aquí cree que ha dominado la Bayoneta? Márquela tres veces seguidas sin cometer un error y le dejaré mis raciones de postre en la cena.

Maryam se encontró compartiendo una mirada de resignación con Alejandra Torrero, quien, aunque generalmente disgustada con todos y todo lo que no formaba parte de la Cuarta Brigada, siempre estaba dispuesta a solidarizarse con su instructora. Que la teniente Mitra fuera la protectora de su brigada no parecía haberla librado de sus maneras.

Ya era la tercera vez desde que se reunió en clase que el teniente usaba la palabra muerte, y aún no habían pasado cinco minutos. Maryam pensó que sería un poco menos inquietante si el ambiente de tristeza no fuera tan alegre.

—Vamos, ustedes dos —los llamó la teniente Mitra—. ¡El fin inexorable de todo no es excusa para demorar!

Durante las horas siguientes de práctica, Maryam Khaimov aprendió tres cosas. Bueno, en realidad cuatro, si contamos la confirmación de su sospecha ya arraigada de que señalar en una habitación llena de cajas resultaba incómodo y difícil, sobre todo cuando la Señal practicada hacía agujeros en lo que tocaba.

Trabajar con los retazos de metal que les dieron para atravesar, sin embargo, fue muy útil para perfeccionar los resultados de la Bayoneta, algo que practicar la Señal en la Abadía no había logrado. La Bayoneta es una Señal Ancipital, y una de las más sencillas de esa rama: al trazar la Señal, el signo atrae Gloam hacia la mano, formando una hoja larga y delgada, y luego lo libera al hacer contacto con una superficie. Generalmente, la siguiente superficie que la mano cargada toca, aunque los señalizadores expertos podían retrasar y retener esa liberación.

Como Gloam se comía casi todo, excepto la Luz, la Bayoneta era bastante letal si se usaba contra una persona, pero también era una Señal con muchas aplicaciones secundarias. La capitana Yue le había dicho que le apodaban "el ganzúa de Akelarre" porque poner una Bayoneta en la mayoría de las cerraduras solía dañarlas, además de que tenía muchos otros pequeños usos para lo que en realidad era un cuchillo de Gloam.

En realidad, intentar perforar el metal le reveló que la Bayoneta tenía esa forma por una razón. Si la hoja era demasiado ancha, no perforaba tanto como quemaba, y si era demasiado corta, tendía

a estallar como un tomate lanzado cuando la Gloam se hundía en la superficie. Lo cual podría tener sus ventajas, si no explotara tan cerca de sus dedos — Maryam no tenía tantos como para volverse descuidada con ellos. El teniente Mitra observó sus ajustes con aprobación.

“La Bayoneta fue diseñada para matar instantáneamente a un adulto al tocar su frente o el occipucio,” dijo la someshwari. “Necesitas la longitud suficiente para penetrar profundamente más allá del cráneo.”

Él, eh, parecía hablar desde la experiencia. Maryam se recordó a sí misma que nadie que hubiera sido nombrado Maestro del Gremio en sus treinta años debía tomarse a la ligera.

De todos modos, aparte de la lección, había llegado a tres conclusiones. La primera era que Qianfan era uno de los mejores señalizadores que había conocido en su edad: trazaba con elegancia y perfección, como un erudito Tianxi escribiendo caracteres. Además, era más rápido que ellos, ya había terminado un tercer Bayonet perfecto cuando Alejandra comenzaba su segundo y Maryam aún estaba atando un lazo en el primero.

El teniente Mitra le otorgó con su acostumbrada discreción un postre adicional, junto con una útil advertencia de que la tumba era un derecho de nacimiento tanto de los prodigios como de los ineptos.

La segunda conclusión era que Alejandra Torrero no había llegado a la Cuarta por falta de destreza como señalizadora, algo que Maryam pensaba que era la explicación más plausible para quienes creían que unirse a Tupoc Xical era una idea sensata. La gruñona Lierganen, al menos en lo que respectaba a la Bayoneta, era rápida y limpia. La razón por la cual los cabales no habrían querido atraparla quedó clara la primera vez que trazó un Signo: cada vez que Alejandra activaba la Gloam, su piel por encima de la cintura se tensaba y se ponía ácida como leche vieja.

Parecía un cadáver enfermizo y corrompido.

Esa apariencia perturbadora habría sido suficiente para que los cabales más exigentes la pasaran por alto, incluso si tal giro no fuera casi seguro que proviene de un encubrimiento mal realizado, algo conocido por causar... inestabilidad en un señalizador, con el tiempo. Tupoc, sin duda, creía que eso era una virtud: parecía estar reuniendo tales peligros, especialmente considerando que Expendable aparentemente tenía poca autoridad sobre su contrato de cambio de forma.

Sin duda, en cualquier momento descubrirían que la tunera se había convertido en una bomba de mano literal y que Bait era algún tipo de espectro sanguinario.

Lo que Maryam aprendió en tercer lugar fue que el teniente Mitra, a pesar de su fatalismo elegante, aún podía detenerse a reflexionar. Esto se reveló cuando le preguntó por sus anillos, frunciendo el ceño ante su confesión de que su uso le ayudaba a trazar Signos a pesar de algunas dificultades. Sugirió practicar sin ellos, para reducir la dependencia. Reacia a revelar todos los detalles de su situación mientras otros dos estudiantes fingían gravemente preparar sus objetivos para espiar, Maryam tomó directamente la mayor arma de su arsenal.

“Me dijeron que los usara por instrucciones del Capitán Yue,” dijo.

El teniente Mitra hizo una mueca bajo su destrenzada barba.

“¿El mismo capitán Yue con las...”

Se señaló en el costado de su rostro, donde Yue tenía cicatrices de quemaduras casi ocultas por su cabello. Maryam asintió. Al leer entre líneas sobre cuánto tiempo debía dedicar el Capitán Yue a sus muchas curiosidades, hacía mucho que sospechaba que tenía un toque delicado como señalizadora superior en Puerto Allazei. Considerando la impaciencia general de Yue con cosas y personas que no le interesaban, quizás eso fuera lo mejor.

— Bueno, no discutiré con la mujer que hizo Caranela, dijo Mitra. — No tengo prisa por alcanzar lo inevitable.

— Esa es la segunda vez que escucho ese nombre, dijo Maryam. — Caranela. ¿Es una ciudad?

— Lo fue.

Alejandra Torrero, con el rostro aún desfigurado y amarillento, dejó de fingir que no había estado escuchando la conversación. Ahora que ya no se sujetaba a Gloam, su expresión comenzaba a relajarse, aunque todavía le faltaba unos minutos para volver a su apariencia habitual.

— Caranela era una ciudad situada en el viejo Liergan, que la Guardia puso en cuarentena cuando se propagó la peste amarilla, hace algunas décadas, — explicó Alejandra. — La mayoría murió, pero no se extendió. Por eso se comenta mucho. Es una de esas historias que circulan cuando los negros van a reclutar en la región.

Su ceja se alzó, parecida a una franja de pelaje sobre un cadáver. Maryam había visto suficientes cuerpos como para no estremecerse, pero era una vista que impactaba.

— Pero nunca oí hablar de que una Akelarre estuviera involucrada, — añadió.

— Tampoco lo habrías oído, — dijo la teniente Mitra. — Según entiendo, ella era todavía muy joven, aún sargento. Yue formaba parte del grupo de cuarentena y abogó por adoptar una política. La peste amarilla, verás, tiene una tasa de supervivencia de una en diez. Es una de las enfermedades más terribles que conocemos.

Mitra esbozó una sonrisa escueta.

— La sargento Yue acudió a sus superiores y les propuso un plan: que el gremio de l'Akelarre tiene muchos experimentos que quisiera realizar y que probablemente matarían al sujeto, pero la Guardia no puede comportarse como una banda de niños vestida de negro, — afirmó.

Maryam no estaba segura de que le gustara la dirección que tomaba esa historia.

— Así que su propuesta era que, en casos como Caranela, los oficiales de la Guardia podrían intentar esos experimentos si se podía argumentar que así se reducirían las muertes en comparación con lo esperado.

— Nunca nos dijeron esto en el Mandato, — intervino Qianfan, uniéndose a Alejandra en dejar la fachada.

— A diferencia de la muchacha de Liorgan, quien mostraba su repulsión con la mayor claridad mientras su rostro permanecía marcado, Qianfan parecía indiferente ante las implicaciones. Estaba más interesada en los detalles que en la sangre que los manchaba.

— No es una lección para los novatos, — dijo la teniente Mitra. — Además, la política había sido removida desde entonces. Tras un error sangriento en el Someshwar, el Cónclave realizó enmiendas y ahora los experimentos propuestos deben ser aprobados por un comité. E incluso si las pruebas resultan ser innecesariamente crueles o causan más muertes de las previstas, hay consecuencias severas.

Y cuando la Guardia hablaba de graves consecuencias, esa primera palabra solía ser literal. Sin embargo, Maryam pensó que la historia aún no concluía del todo.

— Pero dejaron que ella intentara su idea, — dijo Maryam. — En Caranela, quiero decir.

Habían llamado a Yue muchas cosas a lo largo de los años, aquella noche le había contado, y una de esas palabras había sido la carnicera de Caranela.

— Así fue, — afirmó el teniente Mitra.

Su expresión se volvió rígida y no quiso explicar más.

— ¿Funcionó? — preguntó Alejandra.

Hubo un momento de silencio.

— Sobre dos de cada diez lograron sobrevivir, en lugar de uno, — dijo Mitra finalmente.

— Entonces ella tenía razón, — susurró Maryam. — Salvó vidas.

Sus oscuros ojos se volvieron hacia ella, y sus labios se estrecharon.

— Así fue, — reconoció la teniente Mitra. — Pero lo hizo abriendo los vientres de niños con scalpels de plata, para que nadie argumente que la Carnicera de Caranela no ganó su apodo.

--

El capitán Oratile era casi sorprendentemente directo, lo cual era raro en Malani, pero a Song no le desagradaba.

“La coronel Cao te dejó las lecturas asignadas sobre mis manos y ella está mucho más arriba en la cadena alimenticia que yo, así que las cumplirás con diligencia,” les informó la oficial de piel oscura. “Espero que disfrutes leyendo sobre las industrias y el comercio de nuestra orden, porque te espera aproximadamente un mes de eso.”

“No, no lo hago,” le comentó Tupoc cortésmente.

“Es una pena,” musitó la capitán Oratile. “Para ti, al menos. Yo no leeré tus informes; Cao puede tener ese placer, ya que fue ella quien los pidió en primer lugar.”

Lamentablemente, Tupoc parecía encantado con esa despreocupada actitud de rechazo. La franqueza de la capitán aún no se había visto afectada, y llamaba más la atención que cualquier otra cosa en la Malani. La capitán Oratile era, en realidad, bastante sencilla en apariencia. Ni alta ni baja, ni fea ni bella, y aunque llevaba el cabello recogido en trenzas, estas no eran particularmente largas. Incluso sus ojos eran de un marrón común, sin ninguna chispa de otro color. Tenía algunas callosidades en la mano, marca de luchadora, pero no poseía esa forma de andar fatal que tan a menudo tenían los Skiritai.

No, si algo destacaba en el patrón de la XIX era esa confianza sencilla. La capitán Tozi aclaró su garganta.

“Cuando hablamos en Scholomance, señora, usted mencionó algunas aspiraciones docentes,” dijo. “¿Eso ha cambiado?”

A Song le empezó a llamar la atención algo interesante sobre Tozi Poloko: nunca defería realmente a nadie. Era educada, respetuosa, pero a veces parecía que no consideraba a sus superiores como tales. Lo que acababa de decir era un ejemplo bastante decente. Aunque estaba expresado de manera respetuosa y cortés, seguía siendo muy parecido a un estudiante diciendo a su patrona qué hacer.

Song se preguntó si eso era obra del contrato de Tozi. Debía provocar cosas extrañas en la percepción del peligro, saber en todo momento cuál era la fuente más probable de su muerte. A ella le parecía que era una presión que podía forjar ya sea miedo o una cobardía sumisa.

“No te preocupes, tengo una clase adecuada preparada para la Teratología,” agitó la capitán Oratile con la mano, indicando que no había problema.

Luego echó una segunda mirada a su grupo de clase, los capitanes de las cuatro brigadas, y suspiró al ver lo que había. Habían reunido en la cabina de la capitán, que parecía compartir con la sargenta Kavia por la cantidad de armas acumuladas en ella, y en realidad era un poco estrecho. Lo suficientemente apretado para que Imani Langa se sentara en una de las camas en lugar de en un taburete, lo cual, dado el mar agitado afuera, Song envidiaba un poco.

“Escuchen, todos ustedes están en lo que la Academia llama informalmente la ruta ‘superior’,” dijo la capitán Oratile. “En contraste con la ‘inferior’, por la cual pasa la mayoría de los Stripes: una escuela de perfeccionamiento para oficiales, que los calificará para cierto tipo de mando y los integrará en los círculos de patronazgo de los Stripe.”

Se encogió de hombros, apoyándose contra su escritorio.

“Ustedes, sin embargo, están siendo preparados para ocupar posiciones de alto rango. No en la forma en que quienes pasan por la ruta superior de la Academia llegarán a ser coroneles o



capitanes-generales, sino en que se están formando para liderar formaciones de cabales covenantes.”

Imani aclaró su garganta, recibiendo una señal de permiso de la capitán.

“¿Podemos suponer,” dijo, “que usted recorrió la ‘ruta inferior’ ella misma?”

“Lo hice,” respondió con facilidad el Capitán Oratile. “Lo que he hecho en los últimos cinco años, niños, es dirigir una compañía del Fuerte para catalogar a los lemures de la Costa de la Torre. Ese puesto implica gestionar tanto a Sabios como a Laureles, sin gastar demasiado en fondos asignados. Por eso, se envió una Stripe.”

Alrededor, algunos labios se retorcían en gestos nerviosos. Aunque ninguno negó que las tres sociedades del Colegio aportaban mucho a la Guardia, también eran muy propensas a disputas y tenían fama de ser terriblemente imprudentes con el dinero. Era un chiste viejo en la comunidad negra que si enviabas tres colegas en ropajes de sociedad a comprar comida en el mercado, volvían con un libro, un amigo y una caja de herramientas, para luego quejarse ante la Stripe por la falta de cena.

“Mientras que en su mayoría he servido como oficial en las fuerzas regulares, también estudié como teratóloga, cualidad que me hizo apta para el mando y me llevó a la Academia en primer lugar,” explicó la Capitán Oratile. “No extenderé más en mi historia personal: mi experiencia está en un mando especializado, y espero que la trayectoria de nuestras carreras difiera radicalmente.”

Ella volvió a suspirar.

“Eso es lo que me hace desconfiar al enseñaros.”

Golpeó ligeramente con los dedos la mesa.

“Lo que puedo ofreceros ahora es un consejo sobre cómo tratar con las autoridades locales y otras fuerzas de la Guardia,” dijo la Capitán Oratile. “No lo obligaré, y no se acabarán de leer mis libros, pero si queréis, podéis aprovechar mi experiencia durante estas horas.”

Todos enderezaron sus espaldas al escuchar esto, incluso Tupoc reconoció el valor de dichas lecciones, y ¿por qué no? La gran mayoría de las personas con las que tendrían que tratar a lo largo de sus carreras serían o bien locales o guardias ordinarios. En la covenanter de Scholomance, los estudiantes se agrupaban como flores en un invernadero, pero tras graduarse la aritmética inevitablemente triunfaba: menos de uno de cada diez guardias pertenecía a un pacto.

“Eso sería muy conveniente,” dijo cuidadosamente Song.

La capitán de ojos oscuros la miró, luego suspiró.

“Está bien,” afirmó. “Algunos de vosotros buscaréis contratos dentro de Tratheke. Pero antes, lo primero que debéis hacer es visitar al jefe de la guardia de la ciudad —que en la capital llaman lictores.”

Mientras la Capitana Oratile empezaba a interesarse más en su tema, Song alcanzó su libro y su pluma. Era un pequeño comando dirigido por una Stripe, con algunos otros covenanter bajo su mando y especializados en tareas específicas. La patrona de la Nineteava quizá no sabía, pero lo que ella había liderado durante medio década era precisamente el tipo de compañía libre que Song Ren pretendía formar tras graduarse.

--

Tristán había pasado la mayor parte de la tarde contando las rotaciones de guardia en la cubierta justo encima del lugar donde alojaban los estudiantes, lo que solo confirmaba que el plan que había ideado inicialmente era el camino más factible a seguir. Si solo fueran marineros a bordo, podrían colarse sin problema, pero por desgracia, el comodoro Trivedi parecía estar usando a los soldados que transportaban a Asphodel como guardias.

Tener competencia en los adversarios resulta una cuestión irritante. Tristán habría preferido hacer enemigos solo de tontos, pero aún no dominaba esa habilidad. Solo podía soñar con ello.

“¿Apurarse?”

Contra la pared, lanzó una mirada sombría a Cressida, que le devolvió un encogimiento de hombros. Fortuna asomó la cabeza por la pared un momento después, agitándola. Solo entonces, Tristán se arriesgó a vislumbrar más allá de la puerta. Por pura suerte, no había marineros ni soldados en posición de verlo. Como no tenía intención de delatar su identidad ante la otra Máscara respecto a su diosa, optaba por fingir que era excesivamente cauteloso.

Le molestaba muchísimo a Cressida, algo que él consideraba un beneficio colateral.

Caminando en silencio sobre el piso de madera, Tristan se desplazaba sigilosamente por la cubierta de artillería. Si la Gallant Enterprise fuera un buque de guerra más antiguo, solo habría una, pero por suerte, tenían varios: no menos de tres. Esto significaba que patrullarlos todos no era factible, ya que las cubiertas de artillería ocupaban demasiado espacio y algunas debían ser usadas para que los marineros durmieran. La cubierta más baja era casi segura de ser la designada, según su opinión compartida, y habían acertado.

No era mucho mejor que los soldados los sorprendieran que si los descubrían los marineros.

Por eso, los dos Máscaras eran sumamente cautelosos mientras avanzaban hacia la bocacha del cañón más cercana. Un fuerte ronquido les advertía de la presencia de compañía mucho antes de distinguir las figuras dormidas en las hamacas colgantes. La verdadera prueba vino cuando pasaron junto a un hombre barbudo que dormía como si estuviera muerto y se arrodillaron junto a la boca del cañón. Ambos verificaron con los dedos, pero el aceite que habían traído resultó innecesario: las bisagras ya estaban bien lubricadas, difíciles de hacer ruido.

Aún así, tomaron su tiempo para abrir lentamente la bocacha del cañón.

En completo silencio, Tristan amarró la cuerda a su cintura y la aseguró a su cinturón, por precaución. Cressida abrió su bolso en silencio, entregándole el martillo de pared y las puntas. Fue

afortunado que ella estuviera mejor equipada para el trabajo de robo, aunque Tristan pensó que eso podría convertirse en una preocupación en las semanas siguientes. Colocándose guantes de cuero, asintió en la oscuridad. Ella ató la cuerda a un gancho en la pared, se arrodilló junto a él y le devolvió el gesto con un asentimiento.

Después de eso, no quedó más que escalar. Tristan no había intentado algo de esta magnitud desde la torre en el Dominion y no se había equivocado: la aventura le había resultado monumental. Como habían acordado, Cressida le dio solo un poco de cuerda al principio, lo suficiente para que pudiera colgarse ligeramente debajo de la boca del cañón y comenzar la subida, soltando su agarre solo cuando la cuerda comenzaba a subir.

Las puntas se hundieron en la madera con bastante firmeza, y a menos que Cressida cortara la cuerda, Tristan no corría peligro de morir aunque cayera, pero toda la operación seguía siendo una pesadilla. La cara de la nave era un infierno resbaladizo, cualquier ángulo ligeramente incorrecto hacía que sus botas patinaran, y había luces moviéndose en la cubierta de arriba, por lo que no podía apurarse — tenía que esperar, con los brazos doloridos, hasta que las lámparas se apagaran.

Era una escalada que en terreno abierto le habría tomado minutos, pero como era necesario, le llevó casi veinte, y estuvo a punto de caer cuando una tapa de bronce en la que descansaba su bota se desenroscó a mitad de camino. Solo una cuarta parte de ese tiempo lo pasó esperando justo antes del borde de la cubierta superior, esperando encontrar espacio para subir y tirar de Cressida.

Le resultó más fácil a ella: una vez en cubierta, ató la cuerda a una de las barandillas y tiró cuatro veces para indicar que era su turno. Aunque hubiera preferido dejar que ella subiera, las luces en la cubierta trasera volverían pronto. La ayudó a subir lo más rápido y en silencio posible, y se ocultaron tras unos barriles cuando pasaron dos marineros conversando en voz baja en Umoya.

Después, llegar hasta la proa fue solo cuestión de paciencia. Los marineros no estaban realmente atentos a alguien que merodeaba por la cubierta, estaban más interesados en vigilar las aguas oscuras en busca de algún barco o tormenta que se acercara. La pareja atravesó el espacio abierto, luego subieron las escaleras a un lado de la cabina del comodoro y llegaron a ese estrecho pasaje justo antes del morro.

Hage aguardaba allí, sentado en el fondo del fragata, sobre la proa del aparejo — un mástil inclinado y grande que apuntaba hacia la proa de la nave — con un Mephistofeline ronroneando sobre sus piernas, como un verdadero charco de felinos.

— Eres puntual — dijo el diablo, con tono desaprobatorio.

— Siempre te quejas de que llego tarde cuando no es así — replicó Cressida con rapidez.

Tristán dirigió hacia ella una mirada, apenas escondiendo su sorpresa. ¿Ya conocía a Hage? Él había evitado preguntarle, temeroso de que revelara más que el hecho de que el diablo le enseñaba, en lugar de descubrir algo nuevo. Pero quizás debió haberlo hecho. Hage, tan reacio como siempre a perder detalle de algo, mostró una sonrisa con los dientes menos temibles.

— Ella te siguió de regreso al Cimerical hace algún tiempo — dijo el diablo — aunque no comparten clase.

— Eso no necesitaba saberlo — dijo Cressida frunciendo el ceño.

Ah, entonces ella era estudiosa en venenos. Siempre era prudente mantener vigilados los alimentos, pero parecía que Tristán tendría que ser metódico en ese aspecto.

— Es un intercambio justo — respondió Hage — ya que pronto aprenderás algo de él. Hay una razón por la cual esta clase se realiza afuera.

— Supuse que sería sadismo — dijo Tristán.

— Eso es algo evidente — observó Cressida — aunque haya otra respuesta, seguro que lleva un poquito de sadismo encima.

— No, niños — suspiró Hage — es por esto.

Señaló un dedo hacia arriba, haciendo que sus ojos siguieran la dirección, y por un instante Tristán pensó que habían caído en una trampa trivial. Pero entonces vio la silueta posada en las cuerdas, negra contra el oscuro perforado del firmamento. Una grajilla grande ladeó la cabeza, dejando escapar un graznido.

— ¿Sakkas? — pestañeó Tristán — ¿Qué haces aquí?

— Por supuesto que el pájaro tiene nombre — murmuró Cressida, con un tono dolido.

El grajilla emitió otro canto, revoloteando de un lado a otro en las sogas, antes de alzar el vuelo y posarse en la cubierta. Allí caminó erguido, como si exhibiera sus plumas para llamar la atención.

— Lo que hace es fastidiar a mi gato — dijo Hage con simpleza — lo provoca para que Salte al agua.

El felino, en el regazo del diablo, permaneció completamente quieto, observando a Sakkas con ojos grandes y codiciosos. Tristán había visto esa expresión con suficiente frecuencia como para protestar en voz alta, justo cuando Mephistofeline saltó de los brazos de Hage, lanzándose al grajilla, y él se preparó para alejarlo y ahuyentar al glotón, cuando se dio cuenta de que no hacía falta: el grajilla saltó hábilmente, con las alas agitadas, y al caer sobre el suelo, aterrizó en la espalda del gato, soltando un canto de triunfo.

El Príncipe Infernal no mejoró con eso, maullando furioso y desplomándose de manera desgana, intentando golpear a su enemigo. Sakkas voló lejos antes de que pudiera alcanzarlo, posándose en la barandilla y haciendo una especie de desfile triunfante. Los labios de Tristán se curvaron en una sonrisa arrogante. Aunque, por supuesto, él apoyaba la paz, si se trataba de acoso, no le disgustaba que Sakkas saliera con la victoria.

— Ese pájaro no valía la pena para revelar de qué clase soy — declaró Cressida, con total indiferencia.

— No — reconoció Hage — pero sí servía para ser consciente de lo que hay dentro de él.

La mandíbula de Tristán se tensó.

— Entonces, realmente hay alguna entidad que lo posee.

— Es un ave, Tristán — dijo Hage — considerando la pequeñez de sus cerebros, tomaría menos de un día que la inteligencia que tomó control de su cuerpo sea la única. No es posesión, sino reemplazo.

Curiosamente, eso le hacía sentir un poco mejor al respecto. La preocupación de Cressida, comprensiblemente, era más práctica.

—¿Qué hay adentro? —preguntó con franqueza.

—Es difícil decirlo sin que un Navegante lo eche un vistazo —dijo Hage con ligereza—. Al menos, no es una inteligencia complicada. Más astuto que un perro, pero menos que un niño.

—No pareces preocupado —observó Tristan.

—Parece que tiene cierto cariño por ti —dijo el diablo—. No creo que sea capaz de engañar, así que podrías considerarlo una especie de espíritu menor que te acompaña.

Incluso en un barco que se alejaba de Tolomontera, lo cual era encantador pero también algo inquietante. Tal vez sería conveniente hablar con Maryam sobre echarle un vistazo —sin dañar a Sakkas, claro—. El viejo diablo se estiró perezosamente, mientras su gato se deslizaba de regreso a sus botas para pedir caricias que fue atendido de inmediato.

—Por lo que parece, ustedes dos treparon por el costado del galeón para llegar hasta aquí —dijo con apatía—. Bien hecho, aunque fue el método más arriesgado. Ahora pasamos a la segunda parte de la lección.

Los dos se inclinaron, lo que hizo que todo fuera aún peor cuando Hage comenzó a gritarles a los marineros en cubierta que corrieran hacia allí. El diablo sonrió mostrándose con todos sus dientes, saboreando su desconcierto.

—Ahora veremos si pueden salir del calabozo del barco antes del amanecer.

Así se fue su sueño de la noche.

—

Mientras Angharad reconocía que lo que Capitán Oratile les enseñaba entraba en el campo de la Teratología, era una clase bastante distinta a las que solía tener. La capitana malani, en lugar de

arrastrarles con una docena de libros y teorías en busca de alguna verdad arcana sobre la naturaleza de los espíritus, había dispuesto tres mapas de la isla de Asphodel y comenzado a abordar conocimientos de carácter más práctico.

—Como pueden ver, Tratheke está en un gran valle entre dos cadenas montañosas —dijo la capitana—. Las tierras agrícolas alrededor son las más fértiles de la isla y el Valle de Tratheke es la región más densamente poblada de Asphodel.

Deposité una pequeña piedra negra sobre el contorno inscrito de la capital.

—La ciudad es inusualmente limpia y carece de barrios marginales, por lo que escasean los lemures que suelen formar parte de la cadena alimentaria urbana —explicó la capitana Oratile—. Sin embargo, abundan especies de lares con simbiosis mutua, principalmente myrmekes, del tipo que se alimenta de basura, aunque en las periferias se pueden encontrar coroneles.

Un aclaramiento de garganta de Thando Fenya.

—No estoy familiarizado con esas especies —dijo.

—Se parecen a cuervos —dijo la capitana Oratile—, pero en realidad son un tipo de molusco con caparazón duro. Cazan principalmente a través de sus emanaciones, que son adhesivas y atrapan insectos, así como pequeños animales.

Angharad no fue la única que mostró una mueca de desagrado. Tristan se inclinó con interés, aunque aún parecía un gato exhausto y desaliñado —se había topado con la cabina a las cuatro de la madrugada, balbuceando algo sobre el odio a los diablos, y se negó delicadamente a desmentir los rumores acerca de haber pasado parte de la noche en la cárcel del barco—. La capitana rodó los ojos y luego colocó dos piedras blancas: una a cada lado del Valle de Tratheke, cerca de las cadenas montañosas que lo rodeaban.

—Las montañas Tika y Toli se patrullan regularmente, pero dada la escasez de fuentes de Claridad, no es factible erradicar la presencia de lemures —les explicó la capitana Oratile—. Eso significa que los lemures descenderán por el valle desde allí, con mayor frecuencia en manadas de razas menores, como los lobos. Las criaturas más grandes, como ursales o mantícoras, podrían desplazarse también, pero generalmente por estar enfermas o heridas.

A medida que el capitán comenzaba a explicar sobre las razas de espíritus en las montañas, quedó claro para Angharad por qué la Asphodel seguía teniendo problemas con los lemures, a pesar de ser una isla bien habitada y con siglos de asentamiento. El Valle de Tratheke, que alberga la capital y las tierras fértiles, estaba bajo el control directo de la familia Palliades de Asphodel. Sin embargo, el resto de la isla se dividía en un laberinto de vastas propiedades nobiliarias que más que facilitar el gobierno, complicaban la administración.

Las posesiones nobles en Malani no siempre eran contiguas; alianzas y herencias habían contribuido a esa dispersión. No obstante, se consideraba de mala educación que las propiedades de un noble estuvieran demasiado dispersas. ¿Cómo podría cumplir su deber noble si poseía tres estancias en diferentes partes de las islas, cada una reclamando su atención? Lo correcto era

intercambiar tierras con otros nobles en esas circunstancias, una práctica que contrastaba con la pesadilla del Someshwar Imperial, donde un viajero podía recorrer una milla y pagar peajes a diez señores distintos.

Las casas nobles de Asphodel superaban en complejidad al Someshwar.

Por el lado este, la península al otro lado de las montañas Toli no era tan problemática. La costa había sido parcelada como un queso en lonchas delgadas, pero hacia el interior, las demesnas eran más extensas. Sin embargo, en los valles montañosos y en el tercio occidental de Asphodel — costas rocosas rodeando una gran meseta — la fragmentación era tal que el mapa, que indicaba quién poseía qué territorios, contenía más letras que líneas.

¿Cómo podría una tierra defenderse de las depredaciones de la Gloam cuando había más esteles fronterizos que caminos? Los lemures atacaban el Valle de Tratheke porque los nobles de Asphodel tenían que seleccionar qué posesiones proteger y pocos estaban dispuestos a mantener a sus soldados en pequeñas fortalezas montañosas desoladas cuando había riquezas mayores por conquistar. Era un hecho ampliamente conocido en el Reino de Malan que incluso una tierra próspera podía ser pobre si su rey era débil.

“El Altiplano Nitari es conocido por sus nemeans, pero en sus bases hay mucho más peligro y en el pico,” continuó el capitán Oratile, colocando una piedra blanca en la gran meseta occidental. “En esas cuevas y túneles anidan serpientes gigantes, y al menos una brigada de ustedes irá a esa región para cazar a un dragón Ladonita.”

Caras sorprendidas. Incluso Angharad sintió un sobresalto ante la idea de enfrentarse a semejante criatura, sobre todo considerando que ella había investigado esa especie desde que estuvo en la lista del Acero. Los dragones Ladonitas eran enormes serpientes con alas y patas delanteras, propensas a cavar madrigueras en lo alto de los acantilados. Cazaban humanos, como todos los lemures, pero además arrasaban huertos. No por el amor al sabor de las manzanas y duraznos; sino porque las frutas fermentaban en sus vientres hasta transformarse en líquidos que los dragones podían escupir en llamaradas.

“Los Ladonitas no suelen ser saqueadores habituales, a diferencia de la mayoría de los lemures que llamamos dragones,” les dijo el capitán. “Son muy territoriales, sí, pero generalmente no salen mucho de su territorio. Que uno de los que la Patrulla debe eliminar esté quemando manorías es bastante inusual.”

A pesar de que Oratile esperaba otra cosa, sus palabras no generaron gran interés en emprender esa batalla. Enfrentar a un dragón Ladonita enloquecido era, quizás, incluso peor que luchar contra el típico. Solo Tupoc parecía ilusionado, con los ojos casi brillando, lo que presagiaba malos augurios para la suerte del Cuarto Escuadrón. Por una vez, Angharad querría desearles lo mejor a ese grupo.

“Bueno,” dijo el capitán Oratile, “he concluido con la introducción.”

Hizo una pausa.

“Les recomendaría tener tinta y papel, ya que ahora discutiremos las debilidades — tanto físicas como tácticas — de los lemures con los que probablemente se enfrentarán.”

--

A Angharad le resultaba sumamente frustrante no poder participar en el entrenamiento de combate, viéndose obligada a apoyarse en su bastón mientras los chicos luchaban. La sargenta Kavia había conseguido permiso para que ella practicara con una pistola, por lo que el tiempo no se perdía del todo, aunque ese pequeño ejercicio acababa agotándola rápidamente. Era una fuente constante de irritación que, solo al subir unas escaleras, tuviera que detenerse, jadeando y con el rostro enrojecido.

La lanza de práctica de Expendable fue apartada de un golpe, Kiran Agrawal llevando a cabo una con un movimiento de engaño que hizo que el malani se inclinara hacia atrás — solo para que el otro hombre la ocultara a su lado del cuello y girara, derribándolo con suavidad. Casi silbó en reconocimiento Angharad. Kiran, estaba aprendiendo, era mucho mejor con la lanza de lo que su actuación en el Acallar había sugerido.

Él había sido entrenado para pelear con hombres, no con bestias.

— Matar — gritó la sargenta Kavia —. Tómense unos minutos, beban algo de agua. Velaphi, debes perfeccionar tu capacidad para discernir engaños. Tendré un ejercicio para que sigas practicando en tu tiempo libre. Tu capitán es un lanzador, ¿verdad?

Velaphi asintió, bajándose el sombrero de ala ancha que cubría su rostro cuando la sargenta intentó captar su mirada.

— Es un simple uno-tres; no deberías tener dificultad para enseñárselo — dijo el mayor Skiritai, y él asintió nuevamente.

Aún sentado sobre una mesa, con las piernas dobladas, la sargenta Kavia levantó una ceja hacia Kiran.

— Agrawal, debes dejar de hacer esas florituras lofaharya — dijo. — Velaphi no es suficientemente bueno para usarlas todavía, pero en el exterior habrá quienes sí, no mejorarás en un torneo de cortejo con esas tonterías, muchacho, así que mejor ve directo a los golpes mortales.

El otro someshwari frunció el ceño.

— Sí, señora — contestó. — Ya me han dicho que es un mal hábito.

La sargenta Kavia lo desestimó con un gesto.

— Es algo común en nuestros reclutas someshwari, y no es peor que los Tianxi que entrenan a sus hijos como si cada lucha fuera rodeada de lanzas — afirmó. — Todos llegamos a la Guardia con cierta ceguera.



Luego, la mirada de la sargenta se posó en Angharad.

— ¿Y?

— Ninguno salió del círculo — respondió ella.

Se trataba de su propio ejercicio: la sargenta Kavia había caminado una trayectoria circular alrededor de una parte del área de entrenamiento, y Angharad debía determinar si alguno de los dos hombres salía del círculo tras ingresar en él. Era para entrenar su percepción espacial y ayudarla a familiarizarse con la distancia que usan los lanceros.

— Correcto — gruñó Kavia. — ¿Quién estuvo más cerca?

— Kiran — respondió de inmediato. — Cuando retrocedió para engañar a Expendable justo antes del final.

La mujer mayor gimió con aprobación, con aspecto satisfecho.

— Ahora los estás logrando con más frecuencia — dijo. — Pronto avanzaremos al siguiente ejercicio.

A Angharad casi se le escapa una sonrisa, satisfecha de que, a pesar de su estado, pudiera sobresalir en algo. Afortunadamente, la sargenta era una fuente inagotable de ejercicios, evidenciando la amplitud de su experiencia tanto como Skiritai como instructora. No era que careciera de encanto fuera de esos ámbitos, ya que no era nada trivial que hubiera conseguido que un oficial les permitiera usar la sala de comidas para sus clases.

Primero tuvieron que mover los bancos — aunque no las mesas, que estaban atornilladas al suelo— pero había suficiente espacio. La sargenta dominaba tanto con la espada como con la lanza, y para las clases que habían tenido hasta entonces, ambas enfrentaban a los alumnos en combates mientras Angharad observaba el círculo. Solo después pasaban a los ejercicios de entrenamiento y tiro.

El sargento Kavia era una cazadora de monstruos experimentada, con sabiduría en muchos temas, por lo que Angharad habría disfrutado muchísimo de sus tardes si no fuera por un pequeño detalle. Uno que casi podía contar con los dedos, pues las demás habían ido a buscar agua del barril en la esquina y caminaban justo fuera del alcance del oído.

—Entonces —dijo el sargento Kavia con demasiada naturalidad—, ¿tu tío está casado?

Intentó hacer como si no hubiera oído a la otra mujer, con la mirada puesta en las que llenaban las vasijas, pero el silencio se alargó. Con hesitant, la noble apuró la garganta.

—Hasta donde sé, no —respondió Angharad.

—¿Amante —hombre, mujer?

Bueno, suponía que su tío había sido libre para tomar uno desde que dejó atrás a Peredur y la obligación de casar por el bien de la Casa Tredegar. No es que no se permitieran concesiones discretas incluso a un tercer hijo, siempre y cuando las reputaciones no se mancharan, pero el mercado matrimonial, siendo lo que era, prefería a un hombre sin amantes conocidos. Sin embargo, Angharad no recordaba que su madre hablara alguna vez de las posibles aventuras de su tío, y no habría compartido ese conocimiento incluso si lo tuviera.

—No pregunté —dijo ella.

La sargenta Kavia frunció el ceño y chasqueó la lengua con desaprobación, como si Angharad de alguna manera la hubiese defraudado.

—Tendré que preguntar a Duan —se quejó, como si también esa fuera culpa suya—. Sé que lo tomará mal, puedo verlo.

Desesperada por encontrar cualquier tema que desviara la conversación, Angharad lanzó su red hacia lo primero que se le ocurrió.

—Ayer mencionaste que has pasado casi treinta años en la Guardia —dijo.

Kavia pareció amused, como si supiera que esa sería la distracción, pero asintió igual.

—Entré a los trece y terminé de formarme a los diecinueve, después de hacer mis primeros cobros en la Guerra de Sordan —explicó.

Se alzó la ceja.

—Si no es indiscreto preguntar, si has servido tanto tiempo, ¿por qué...?

—¿Soy sargenta? —Kavia sonrió—. Con mi edad y experiencia, me habrían colocado en un comité de otro modo. Hoy en día, suelo pegarle a algunos oficiales superiores cuando intentan promoverme.

Angharad casi podría admirar eso, aunque un detalle de antes le llamaba la atención.

—No había pensado que la Guardia participara en la Guerra de Sordan —dijo—. ¿No fue entre el Reino de Sordon y el Reino de Izcalli?

Con rumores sobre el apoyo discreto de otras naciones a Sordon, para impedir que Izcalli controlara las dos orillas del estrecho de Auric al mismo tiempo.

—Estamos involucrados en todas las guerras, Tredegar —le dijo la sargenta Kavia—. Cuando las grandes potencias entran en conflicto, nosotros también: empujando de vuelta al sepulcro todo lo que arrastra en las heridas de sangre. Coyac, un jefe de guerra de Izcalli, es de los mejores; pero ha roto numerosos ejércitos— esas muertes siempre despiertan algo.

Angharad asintió lentamente.

—Oí —susurró— que un horror así podría llegar a Asphodel.

—Reza para que ya no estés aquí cuando eso pase, muchacha —gruñó la sargenta Kavia—. Las guerras son negocios sangrientos, pero las guerras civiles son mucho peores. Una cosa es que los hombres luchan, pero cuando una nación se vuelve contra sí misma, no se detiene allí.

Escupió hacia un lado.

—Las guerras civiles llaman a los dioses a participar, y esas son las que hacen que las ruedas dejen de girar de verdad.

La pereduri bajó la vista a su mano, observando cómo sus dedos se apretaban alrededor del mango de su bastón sin que ella notara. Esperaba que la guerra ocurriera solo antes de que ella se fuera, aunque tuviera miedo de admitirlo. ¿Qué podía hacer Angharad en ese estado, si la guerra realmente llegaba?

Solo esconderse o morir, y ambas opciones eran casi igual de peligrosas.

--

La comandante Trivedi rechazó rotundamente la solicitud de permitir que los pasajeros del Galante desembarcaran en Lavega, informando, según se dice, al comandante Tredegar que no pensaba arriesgarse a perder la marea solo porque les apeteciera deambular.

La única concesión que estaba dispuesta a hacer era que los estudiantes e instructores pudieran estar en cubierta durante una hora después de cargar los suministros, mientras ella resolvía los asuntos finales de la escuadra en tierra y el tripulación descansaba. Song disfrutaba del roce del viento en su rostro tras dos días atrapada en el interior, aunque los olores del pequeño puerto a sus espaldas eran... abundantes, por decirlo suavemente. Prefería mantener la vista en las medio docena de barcos anclados en la bahía, incluyendo otra galera de guerra y cuatro carracas más antiguas, además de la silueta elegante que debía pertenecer a un saltador.

Había pedido a su escuadra que la dejara sola por una razón específica, así que no le sorprendió escuchar pasos que se acercaban. Después de todo, el propósito de su posición era hacerla accesible.

La capitana Tozi descansó los codos sobre la barandilla del barco, cruzando los brazos, y Song casi se sorprendió de que no tuviera que ponerse de puntillas para verse. La otra mujer permaneció en silencio por el momento, mirando hacia el agua. La fuerza que la Guardia enviaba a Asphodel no era pequeña, después de todo. Solo dos barcos de combate modernos, pero la flota propia de Asphodel no sería mucho más grande que la escuadra enviada.

—¿Has pensado—dijo finalmente Tozi—en qué prueba prefieres realizar?

—Algunas—respondió Song—¿y tú?

—Varias—contestó Tozi.

Ya en la mitad del camino hacia Asphodel, habían sido informadas con detalle sobre la naturaleza de los contratos futuros. Las brigadas pedirían a su patrocinador que apuntara a una en particular, y luego los instructores, en conjunto, debatirían cuál debería obtener qué, tomando la decisión final. Song era reticente a revelar demasiado de inmediato, pero un acuerdo con Tozi sería conveniente en esta situación.

Si tanto el comandante Tredegar, la capitana Wen como la capitana Oratile insistían con vehemencia en una determinada disposición, esto constituiría una parte significativa de la deliberación y pesaría en el debate. No garantizado, pero con buenas probabilidades.

—No tengo inclinación por la caza—confesó Song—.

No solo la Trigésima no estaba preparada para enfrentarse a un dragón ladonita—su mejor luchador no estaba en condiciones de luchar—sino que la misión los llevaría al oeste de Asphodel, por las tierras salvajes de las nobles propiedades que rodean las alturas de Nitari. Ninguna de su escuadra estaba dispuesta a aventurarse en tales exploraciones.

—Yo tampoco—dijo la capitana Tozi—. Y como discutimos anteriormente, el exorcismo en las colinas parece más un problema que una solución.

El Rectorado creía que fuera de la ciudad, en el Valle de Tratheke, algún resto de divinidad se estaba recomponiendo y causando alteraciones: ganado desaparecido, siluetas en movimiento durante la noche, extrañas formaciones. Ese contrato no sería tan largo como una búsqueda en el oeste, más bien recordaría expediciones seguidas de regreso a la capital para investigaciones, pero Song no quería involucrar a Maryam en asuntos de dioses antes de que su amiga hubiera dominado mejor sus Signos.

—Sabio—respondió Song—. Supongo que solo quedan las dos investigaciones.

Ambas tendrían lugar en la ciudad de Tratheke, pero seguirían caminos bastante diferentes. Song conocía cuál quería, pero convencer a Tozi de que eligiera la otra podría ser complicado.

"Localizar al asesino requeriría habilidades específicas", afirmó ella.

El Rectorado creía que un sicario contratado actuaba en la capital, y la investigación preliminar de la Guardia coincidía: las heridas en los cadáveres no habían sido causadas por acero ni pólvora. Con diez cuerpos a su nombre y la Guardia de la ciudad de Tratheke sin siquiera haber visto al asesino, el Rector Principal estaba recurriendo a la Guardia para resolver el asunto.

"Un Maska, quieres decir", dijo Tozi con tono suave. "Yo también tengo una en mi escuadrón."

"La tuya es de noble cuna", comentó Song. "Y quizás eso la hace la candidata perfecta para olfatear al culto."

La nobleza se sentía atraída por sectas como los perros por su propio vómito, y Asphodel no era una excepción. La mayoría de esas sectas eran relativamente inofensivas, intercambiando favores con dioses menores a cambio de altares secretos y ceremonias ocultas, por lo que la Guardia

vigilaba sin intervenir. No obstante, el culto del Carnero de Oro se había expandido lo suficiente como para llamar la atención. El Rector Principal, preocupado de que sirviera de base para una conspiración noble, había solicitado que la Guardia revelara quién dirigía el culto.

Un Maska noble sería una candidata ideal para esa tarea. Tozi frunció el ceño.

"No quiero ofender", dijo, "pero atrapar a ese asesino será trabajo de lucha. Tú eres hábil con el acero, eso seguro, pero al final del día solo uno de nosotros tiene un Skiritai que camina sin bastón."

Song apretó los labios con expresión de disgusto.

"Si la investigación lleva tiempo, aún puede recuperarse", dijo ella.

Tozi la miró con expresión fija.

"Mira, ambas sabemos que desenterrar un culto puede tardar meses, mientras que atrapar al asesino se puede resolver en menos de una semana con un poco de suerte", afirmó. "No me quejo de que quieras salir de la isla lo antes posible, pero la Nona Brigada es la mejor opción para esto."

Song hizo una mueca, luego asintió de manera brusca.

"Quizá sea así. Puedo ceder."

"Y recordaré tu favor", reconoció Tozi.

Desde la perspectiva de Izcalli, un favor era algo que se hacía: si el comandante Tredegar y Wen presionaban por que la Decimotercera se encargara de la investigación del asesinato, no garantizaban obtenerla, pero sí abrirían tanto el debate que cualquier escuadrón podría terminar reclamándola.

Por suerte para Song, ella había tenido desde el principio la intención de investigar el culto.

La Decimotercera podía haber sido asignada a otra tarea, pero Tianxi sabía que tenía el cebo perfecto para atraer al culto: Angharad Tredegar. También conocida como una joven hermosa de noble cuna, con una lesión reciente, perfecta para una recluta que un culto como el Carnero de Oro anhelaba. Entre la capacidad de Song para distinguir contratistas, la nariz de Maryam para detectar alteraciones en el éter y la habilidad de Tristan para llegar adonde no debía, la Decimotercera casi parecía diseñada para esa misión.

"Lo más probable es que la Cuarta intente la caza", le dijo Tozi. "Xical está ansiosa por ello."

"La Once también sería capaz, pero no creo que se alejen mucho de la ciudad si pueden evitarlo", coincidió Song.

Imani Langa no había hablado con Angharad en el barco, donde era difícil evitar las miradas curiosas, pero Song no había olvidado su objetivo. La capitana de la Once quería evitar la caza a

toda costa, pues eso significaría ausentar a su escuadrón por completo, y si Imani no lograba una investigación, tendría que conformarse con el exorcismo.

— Entonces parece que tenemos nuestras pruebas —dijo Tozi, ofreciéndole su mano.

Song la estrechó, sonriendo mientras empezaba a pensar en cómo gastar su favor.

—

El plan había sido que la mañana perteneciera a Teología, pero con noticias que llegaban poco a poco desde el comandante Trivedi, informando que llegarían a Asphodel tarde en la noche, los planes fueron cambiados para la Misión. Esa lección, dijo Wen a los Treceavo, era quizás la más importante que recibirían en el barco. Debían prestar mucha atención, explicó, así que Maryam se dispuso con diligencia a ello.

Comenzando por su inusual instructor.

El teniente Joaquín era un ejemplo de los peligros de juzgar por las primeras impresiones. Aunque tenía la apariencia y la complexión de un luchador, con la cabeza rapada y ojos duros, demostraba ser cortés y casi tímido. Tristan había mencionado que, por su reputación, era matemático, lo cual el hombre explicó con mayor detalle cuando salió la gran pregunta en boca de todos: por qué él era quien enseñaba la Misión en un barco que tenía una Franja.

— He servido, durante la mayor parte de la última década, como intermediario principal en un proyecto de la Sociedad Peiling —dijo el teniente Joaquín—. La Sociedad intenta predecir las trayectorias de los objetos en movimiento en el firmamento mediante matemáticas, con el fin de crear un mapa vivo del techo de Vesper. Sus teorías, naturalmente, requieren observación para ser confirmadas o refutadas.

Se cruzó de brazos.

— Como resultado, es necesario construir torres de observación en distintas regiones de Vesper —agregó—. Esto ha requerido que negocie con nobles de diversos orígenes y familiaridad con varias leyes extranjeras, así como comprender la posición de la Guardia en estos asuntos.

Hizo una pausa.

— Corresponde a sus instructores en la Scholomance enseñarles filosofía y organización —dijo el teniente Joaquín—. Yo, en cambio, trataré de transmitirles algunas realidades prácticas desde ahora: cuáles son sus poderes, sus deberes y límites como brigadas estudiantiles de la Guardia que operan en Asphodel.

Mientras pensaba en ello, Maryam recordó que esto se hacía a bordo del barco, un recordatorio de qué tan apresurados estaban sus exámenes. Esas lecciones deberían haber sido impartidas por la profesora Iyengar en la Scholomance, pero, ¿por qué iba a hacerlo ella, si el viaje al extranjero de todos los demás aún estaba a meses de distancia?

— Ahora —dijo el teniente—, el Rectorado es signatario del Tratado de Blancaflor. ¿Alguno de ustedes puede decirme qué significa esto?

Imani Langa fue la primera en levantar la mano, y fue llamada en presencia de otros que la siguieron.

— Una oficial de la Guardia, en el cumplimiento de un contrato, tiene derechos de detención y de petición —recitó.

— Bien —asintió Joaquín—. Ahora, expliquen qué son esos derechos y cuáles son sus límites.

A través de una serie escalonada de respuestas provenientes de varias bocas, Maryam consiguió armar una idea. El Tratado de Blancaflor fue, en su historia, el gran acuerdo que puso fin a las guerras constantes entre la joven Guardia y Sacromonte por el control del Mar Trebiano. A cambio de varias concesiones importantes —mediación de Sacromonte en todos los Estados Trebianos, la supremacía de la moneda sacromontana y varios privilegios comerciales— la Guardia obtuvo derechos en la región que otras naciones se resistieron a conceder, algunas rechazándolo por completo.

El derecho de detención permitía que un oficial de la Guardia, en el caso de Song a bordo del Treceavo, pudiera ordenar la detención temporal de cualquier hombre o mujer de baja condición, siempre que no sirvieran como funcionarios del gobernante. Si no se presentaba un motivo reconocido por el Tratado, la persona detenida debía ser liberada con compensación, aunque seguía siendo un derecho de gran alcance.

"Cuán efectivo somos en la imposición de la detención depende de la fortaleza y la tolerancia de los gobernantes locales," afirmó el teniente Joaquín. "En Asphodel, por ejemplo, tradicionalmente los sirvientes del rector y, en general, del palacio, han llegado a ser considerados 'funcionarios'. No podemos detenerlos."

El hombre afeitado levantó una ceja.

"¿En caso de que, durante la ejecución de un contrato, necesiten interrogar a un sirviente o incluso a un noble, cuál sería su recurso?"

La respuesta, como se descubrió, era el mencionado anteriormente 'derecho de petición'. Dado la ocasional urgencia de los deberes de la Guardia y cómo ignorar esa urgencia podría tener consecuencias graves, bajo el tratado los oficiales podían presentar una petición directamente a los gobernantes de un estado en el que hubieran contratado. Dicho gobernante recibiría de inmediato la petición, permitiendo al oficial interrogar, investigar o molestar a alguien más allá de su autoridad y decidir una respuesta, asumiendo toda responsabilidad por las consecuencias derivadas del rechazo.

Por supuesto, no era tan simple.

"En la práctica, el derecho solo es tan fuerte como el gobernante con quien tratamos," aseguró el teniente Joaquín. "En Asphodel, el señor rector quizás no pueda dejarnos detener a un ministro,

incluso si tenemos pruebas de su implicación en cultos, simplemente porque eso provocaría una guerra civil. Tendremos que contactar a otros aristócratas para negociar un acuerdo o amenazar con el uso de la fuerza."

Hizo una pausa.

"Durante su estancia en Asphodel, su derecho a presentar peticiones solo será ejercido a través de su patrocinador," les dijo. "Tendrán plena libertad para ejercer el derecho a detener, pero el abuso de ese derecho tendrá consecuencias."

Una mano se levantó, y Tupoc Xical carraspeó cuando obtuvo permiso con una ceja alzada.

"El Derecho de Hierro," dijo el Izcalli. "¿No es también uno de nuestros derechos?"

"Ese no lo otorga Blancaflor, sino los Acuerdos Iscariot," precisó el teniente Joaquín. "Por eso tenía la intención de prestarle atención más tarde. Sin embargo, no hay daño en un desvío temprano. Como parece tan interesado, Xical, dime: ¿cuál es la cuarta cláusula de los Acuerdos Iscariot, también conocida coloquialmente como el 'Derecho de Hierro'?"

El hombre de ojos pálidos se enderezó.

"Que la Guardia puede matar a quien haya incumplido los Acuerdos Iscariot y que solo será juzgada por la propia Guardia," afirmó.

"Que hayan incumplido voluntariamente los Acuerdos Iscariot," corrigió el teniente. "Aunque, admitámoslo, esa margen de maniobra puede funcionar en ambas direcciones."

El ceño de Maryam se frunció.

"Esto," dijo, "me parece una cláusula que sería aún más difícil de hacer respetar que los derechos que hemos mencionado."

"Por eso frecuentemente no se cumple," le explicó el teniente Joaquín. "No obstante, sigue siendo la base de nuestra autoridad. El derecho legítimo y moral a acabar con la corrupción donde sea que se presente es lo que nos hace más efectivos que la mayoría de las autoridades locales, incluso con nuestras limitaciones."

Hizo una pausa.

"Piensen esto: incluso si el Rey Saltamontes estuviera contratado y conspirando con un dios de la Noche Antigua, matarlo provocaría una guerra. Sin embargo, eliminar a los aliados menores de esa conspiración y luego presentar las pruebas a los grandes señores de Izcalli, podría lograrse sin mayor problema, logrando que el rey desaparezca silenciosamente."

Sus ojos recorrieron a todos ellos.



“Lo que describí solo sería posible si tenemos el derecho de perseguir y matar a los miembros de la conspiración, lo cual conseguimos mediante la cuarta cláusula. Podría decirse que el Derecho de Hierro es el método y privilegio que nos permite mantener el orden en el mundo,” afirmó el teniente Joaquín. Luego, su ceño se alzó. “Por eso, cualquier guardia que ejerza ese derecho sin órdenes y sin una muy buena razón será colgado, a menos que tenga un motivo legítimo.”

Qué difícil equilibrio caminaban los acebo-negros, pensó Maryam. Cada poder y privilegio sometido a una lucha perpetua entre la necesidad y la conveniencia. Con qué frecuencia los guardianes deben tropezar y caer al lado de la cuerda, enterrándose por ello.

“Salgan los tinteros,” ordenó el teniente. “A continuación, enumeraré las cláusulas de los Acuerdos de Iscariote que pueden hacer valer incluso siendo estudiantes, incluyendo las circunstancias excepcionales en las que podrán ejercer la cuarta cláusula.”

Una mirada firme.

“No debería ser necesario que explique,” dijo Joaquín, “que si alguno de ustedes recurre a la Ley de Hierro sin una verdadera necesidad, ser expulsado de Scholomance será lo menos de sus problemas.”

El peso de sus palabras silenció la sala, pero en ella nació una pregunta.

“¿Cree que necesitaremos usarla, señor?” preguntó Maryam.

¿Qué sabía él que ellos ignoraban?

“Hay un dicho Tianxi,” dijo, “que dice algo así: ‘Acartar un anillo de jade se convierte en un delito’. Significa que poseer un objeto valioso invita al desastre por la codicia de los demás.”

El teniente Joaquín chascó la lengua.

“Asfódel es débil y posee un tesoro,” afirmó. “Así que mantengan sus manos de acero, niños: los chacales que están por venir no detendrán su avance por temor a lo que representa un acebo-negro.”